

tranquilos y vais de nuevo á revolverlo todo (1)!» En vez de seguir el fácil camino de la cuenca del Ródano por Marsella, tomó el de la montaña á través del Delfinado, que creía le era adicto, y en el que tenía la ventaja de no hallar tropas considerables hasta Grenoble.

El éxito de la empresa dependía de la mayor rapidez posible; era preciso sorprender á todos y no dar tiempo al gobierno de la Restauración ni á los partidarios del Rey de Roma, á los que el Emperador temía extraordinariamente, y con motivo, para que preparasen la resistencia (2). En el Mure, entre Gap y Grenoble, encontró el Emperador por vez primera tropas francesas. El momento era decisivo; ordenó á sus granaderos que pusiesen sus fusiles á la generala, y adelantándose solo un buen trecho á su pequeña hueste, gritó: «¡Soldados del 5.º de línea, me conocéis?— ¡Sí, sí!» Desabrochándose entonces mostró su pecho, diciendo: «¡Si hay uno solo entre vosotros que quiera atentar contra la vida de su general, de su Emperador, hágalo, aquí me tiene!...— ¡Viva el Emperador!» respondieron los soldados. En vano el capitán Randón, futuro mariscal del segundo imperio, trató de detenerlos; mezcláronse con las tropas de la isla de Elba y sacaron de su mochila la escarapela tricolor, que llevaban oculta. Al otro lado del Mure encontró el 7.º de línea, que le presentó su coronel Labedoyere; en 7 de Marzo, Napoleón entró en Grenoble, que le abrió sus puertas sin resistencia. El triunfo de Napoleón había sido preparado por sus proclamas, que circularon primero manuscritas, é impresas así que su pequeña tropa entró en Digne. Escritas generalmente en tono declamatorio, estas proclamas recordaban que el Emperador, elevado al trono por el voto de los franceses, era el jefe del

(1) En la época de mayor apogeo de Napoleón, al ver que se le prodigaban por todas partes adulaciones que el mismo Luis XIV con dificultad había escuchado, preguntó un día á sus cortesanos: «¿Qué creéis que se dirá de mí cuando muera?» Y como cada uno buscase una respuesta halagadora, les dijo: «Ninguno lo adivináis; se dirá: ¡Uf!...»

(2) En el congreso de Viena se había tratado de llevarle á las islas Azores ó á Santa Elena. Por las Memorias de Rovigo consta que el partido de la Regencia á favor de María Luisa, en nombre del Rey de Roma, concibió la idea de asesinar al Emperador, llevando su audacia hasta dirigirse á Luis XVIII, creyendo que este príncipe, no pudiendo sospechar que se matase á Napoleón para que le sucediese su hijo, aprovecharía la ocasión para desembarazarse de un competidor y siempre peligroso enemigo; pero Luis XVIII rechazó indignado esta proposición, lo cual no fué óbice para que los miserables que habían concebido el proyecto persistiesen en él.

gobierno nacional; que venía á reclamar *su trono* á un príncipe que se apoyaba en vano sobre los *principios del feudalismo*. «La victoria, —añadía,— será rápida; el águila con los colores nacionales, volará de campanario en campanario hasta las torres de Nuestra Señora.»

Esta noticia sensacional llegó muy tarde á París, el 5 de Marzo, cuando Napoleón estaba ya en Sisterón. El gobierno convocó las Cá-

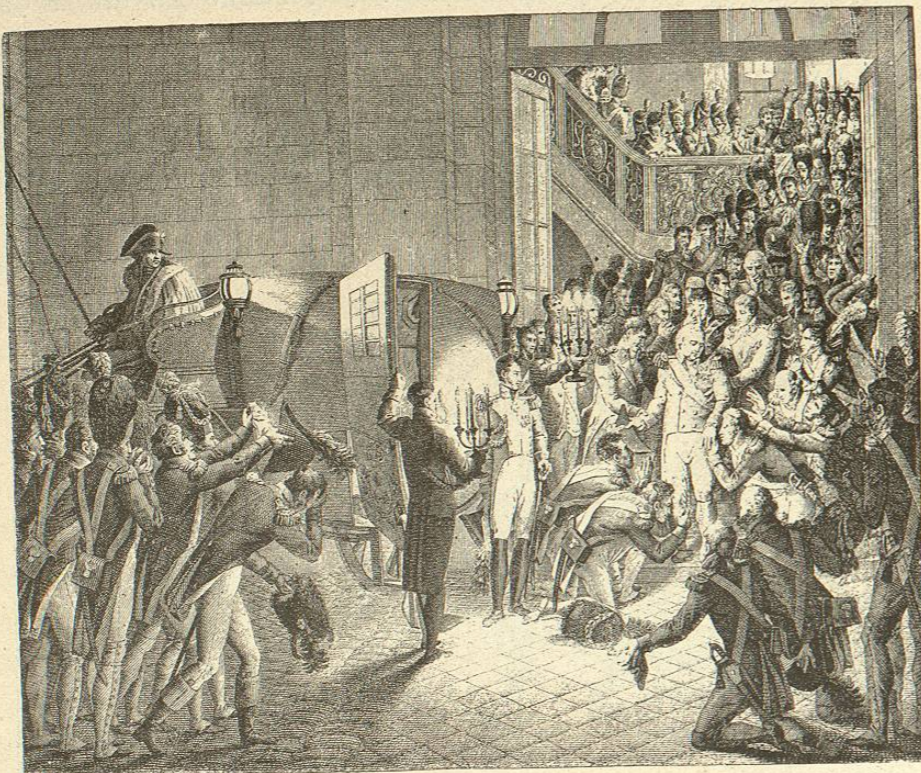


Entrada de Napoleón en Lyon, el 10 de Marzo de 1815 (Copia de un dibujo de J. M. Jacomin)

maras y respondió á las enfáticas proclamas del Emperador con otras que no les iban en zaga: «Napoleón Bonaparte,—decía Luis XVIII,— queda declarado traidor y rebelde por haber invadido con gente armada el departamento del Var.» Se encargaba á todos «que le persiguiesen y le detuviesen.» «Los secuaces de dicho Bonaparte» debían también ser objeto de la persecución y comparecer como él ante los consejos de guerra. Estas amenazas no se cumplieron: Napoleón continuó avanzando. El conde de Artois, enviado á Lyon, mientras que el duque de Angulema marchaba desde Burdeos á Nimes y se encargaba á Ney el mando del Franco-Condado; el conde de Artois, repe-



timos, comprendió muy pronto la inutilidad de toda resistencia. «¡Ea, camarada,—dijo en una revista á un subteniente del 13.º de dragones,—grita: ¡Viva el Rey!—De ningún modo, monseñor, no puedo; si he de dar algún grito será el de: ¡Viva el Emperador!» En 10 de Marzo llegó Napoleón á Lyon; en dos días había recorrido el camino



La partida del Rey, el 19 de Marzo de 1815. (Copia de un dibujo de H.ím, grabado por Ouché hijo)

de Grenoble á esta ciudad, rodeado de sus tropas y de una entusiasta muchedumbre. Mientras verificaba su entrada en Lyon, entre las aclamaciones del pueblo, el conde de Artois, acompañado por un solo guardia nacional de caballería, emprendía precipitadamente el camino del destierro. Algunas horas después, el Emperador ocupaba la misma habitación del palacio arzobispal que el príncipe había abandonado (1).

(1) El diapason de los periódicos de París indicaba los progresos de Napoleón: «Bonaparte ha desembarcado en el golfo Juan.»—«Grenoble ha abierto sus puertas al general Bonaparte.»—«Napoleón ha entrado en Lyon.»— S. M. el Emperador ha llegado al palacio de las Tullerías.»

Dueño de la segunda capital de Francia y seguro desde entonces de contar con la mayoría del ejército y del pueblo, á quien la conducta del nuevo gobierno había hecho temer el restablecimiento del antiguo régimen, Napoleón pudo actuar de soberano y volver á ejercer el poder que la derrota le había arrebatado hacia un año. Se publicaron nueve decretos que tenía ya preparados, y en los que, aparte



Regreso de Bonaparte, el 20 de Marzo de 1815. (Copia de un dibujo de Heim grabado por Cuché hijo)

de numerosos cambios en todo lo que la Restauración había restablecido, se disponía la disolución de las Cámaras, fundada tanto en la ilegitimidad de sus poderes como en las numerosas traiciones de que se habían hecho culpables para con el imperio caído, y finalmente, se convocaban elecciones generales en los departamentos, que debían celebrar una reunión extraordinaria en París dos meses después de la publicación del decreto. Esta Asamblea tendría el nombre de *Asamblea extraordinaria del Campo de Mayo* y la obligación de «tomar las medidas convenientes para corregir y modificar nuestras institu-



ciones con arreglo á los intereses y á la voluntad nacional» (12 de Marzo de 1815).

Napoleón prosiguió su marcha por Chalon-sur-Saone, Arnay-le-Duch y Avallon; el 17 de Marzo llegó á Auxerre. Ney, á quien Luis XVIII había confiado el mando del ejército del Este en Besançon, prometió al monarca, que temía la influencia de los recuerdos en el ilustre lugarteniente de Napoleón, «que le llevaría al usurpador encerrado en una caja de hierro.» Pero en Lons-le-Saulnier se convenció de que sus tropas eran todas partidarias de Napoleón; despiértanse entonces sus antiguas simpatías, recuerda por otra parte las humillaciones de que su esposa había sido objeto entre los cortesanos, y una carta del general Bertrand determina su cambio completo. Lee á sus tropas una proclama que el partido bonapartista le había mandado, y lleva su ejército á Napoleón, que se encontraba ya en Auxerre (18 de Marzo). Luis XVIII no podía, pues, contar con el ejército, la inclinación de los militares era irresistible. La masa del pueblo vacilaba y estaba más sorprendida que entusiasmada; mas para mantenerse los Borbones hubiera sido preciso que hubiesen alcanzado algo de popularidad, cosa que no hicieron. Así, pues, mientras Napoleón llegaba á Fontainebleau en la mañana del 20 de Marzo, Luis XVIII abandonaba precipitadamente las Tullerías en dirección á la frontera del Norte.

La confianza del rey y del gobierno duró hasta el último momento, sucediendo después á ésta el más espantoso terror, surgiendo entre los cortesanos los planes más novelescos. Marmont y el conde de Blacas propusieron sostener un sitio en las Tullerías, pero esto era absolutamente imposible. Se pensó también en que el rey saliese al encuentro de Bonaparte, pero á esto decía M. de Vitrolles: «Bonaparte llegará probablemente por la puerta de Fontainebleau y Su Majestad saldrá por la misma puerta; pero ¿qué hacéis si, advertido de ello el usurpador, entrase por otra puerta?» En medio de la deserción general, ¿no era acaso lo mejor intentar reunir el ejército del Norte detrás de París? Esto es lo que intentó Luis XVIII, esperando cuando menos poder encerrarse en Lille; pero ya era demasiado tarde.

Napoleón, entretanto, avisado por Lavalette, que se había puesto al frente de la dirección de Correos, llegó á París hacia las nueve de

la noche, veinticuatro horas después de la precipitada salida del rey, de los príncipes y de la corte. Al detenerse el carruaje en el Carrusel, le rodeó una oleada de oficiales que le llevaron en hombros, haciendo así su entrada en aquel palacio en el que durante veinte años se habían sucedido tantas escenas de gloria y de dolor. Le esperaba una gran parte de las grandes damas y de los altos dignatarios de su antigua corte.

En algunas provincias se intentó la resistencia. El duque de Angulema con M. de Vitrolles trató de sublevar el Mediodía, y hasta hubo un pequeño encuentro en la Vendée, pero fracasaron todos estos esfuerzos. La duquesa de Angulema se vió obligada á embarcarse en Burdeos, y el duque cayó prisionero de Grouchy, en la cuenca del Ródano, y fué desterrado por orden de Napoleón. Vitrolles fué encerrado en Vincennes. Luis de la Rochejacquelein, que había acompañado al rey á Gante, regresó á Francia, aconsejado por Wellington, que se proponía distraer á Napoleón con un movimiento hacia la parte del Loira. Sublevó una parte de la Vendée, fué derrotado en Aizenay por el general Travot y murió al cabo de poco tiempo en las cercanías de Bressuire.

El Imperio restaurado debía dar á Francia las garantías de orden y de libertad que había prometido en 26 de Febrero. El ministerio nombrado por Napoleón estaba compuesto por personas que en general eran simpáticas á la opinión pública: Davout, Cambaceres, Fouché, Carnot, á quien nombró conde del Imperio, y que, según Guizot, le sirvió con torpeza y frialdad. Uno de los primeros á quien llamó fué á Mollien, al que tuvo que enviar á buscar tres veces. Al presentarse Mollien en las Tullerías, el Emperador le abrazó y cogiéndole las manos, le dijo: «En una situación tan crítica como ésta no os negaréis á volver á vuestro puesto.» Mollien, sumamente conmovido, en vez de aceptar, hablaba de aquel inesperado regreso. «Querido, —le dijo Napoleón,—ha pasado ya el momento de los cumplidos: me han dejado llegar como han dejado que los otros saliesen.»

Forjábanse múltiples proyectos de constitución, por lo que convenía poner término á una situación en que lo arbitrario podía atreverse á todo.

Napoleón cortó por lo sano, y en 14 de Abril mandó llamar á